

**ÁNGEL Ma  
DE LERA  
LOS QUE  
PERDIMOS**



En *Los que perdimos*, su autor toma a los personajes de *Las últimas banderas* en el momento y lugar mismos donde los dejara, los conduce en las subsiguientes secuencias dramáticas: interrogatorio, juicio y condena, a través de ambientes y circunstancias en que el valor y el miedo, la esperanza y la desesperación, la vida y la muerte, en fin, se enfrentan en un duelo definitivo e inapelable, y los deja otra vez, rumbo a su incierta suerte, cuando estalla la segunda guerra mundial. Una vez más, Ángel María de Lera confirma su clase de gran narrador. Quizá *Los que perdimos* sea su novela más profunda, compleja y difícil, en la que sus dotes de introspección, análisis y síntesis, y su capacidad evocadora, alcanzan las más altas cotas en su carrera de novelista. Con su estilo directo y vigoroso, su realismo poético, su prosa traslúcida y su manera de conjugar los tiempos reales en un pasado-presente unívoco, Lera nos ofrece un cuadro veraz y alucinante de vida, y unos personajes que son, sobre todo, criaturas humanas, contradictorias, duales, en perpetua lucha por realizar su propio destino, aun en las condiciones más hostiles. Personajes los de Lera que se instalan en nuestra intimidad para siempre y que son, por lo tanto, inolvidables. Los siguientes títulos que completarán la tetralogía de Lera sobre el fenómeno de la guerra civil y sus inmediatas consecuencias serán *La noche sin riberas* y *Oscuro amanecer*.

*A mis hermanas  
y a todas las mujeres  
que consuelan a los presos  
en las cárceles del mundo*

La jornada fue muy larga,  
¡ay!, muy larga, compañero...

## I

... puesto que en un solo  
día,  
mil días se consumieron,

Siguiendo por el oscuro y largo pasillo, Olivares y Molina se encontraron de pronto en un espacioso cuarto de baño, en el que se advertían los estragos de la incuria y del abandono: azulejos desportillados, goteo incesante de los grifos, manchas de óxido en los recipientes, desconchones en las paredes y mugre por todas partes. En contraste con tanta sordidez, por la ventana que daba a un patinillo se vertía un chorro de luz que doraba el aire.

Después de separar a los dos amigos, Valdivia les advirtió:

—No os juntéis ni habléis. Estáis incomunicados hasta nueva orden.

Los prisioneros quedaron inmóviles y callados, a la expectativa. Su guardián, que no cesaba de mirarlos, se recostó contra el marco de la puerta y luego dijo:

—Sentaros donde podáis.

Molina lo hizo sobre la tapa del inodoro y Olivares en el borde de la bañera de porcelana. Siguió un silencio durante el cual Valdivia miraba de cuando en cuando hacia el fondo del pasillo, sin perder de vista por eso a los detenidos. De fuera llegaban, muy debilitados, ruidos de tranvías y automóviles, y, desde el interior, voces ásperas de mando y algún que otro grito de ¡Arriba España!, coreado por otras voces graves y cansadas.

—Podéis fumar si queréis —volvió a decir Valdivia al cabo de un rato.

Entonces, Olivares sacó su cajetilla y lanzó un cigarrillo a su compañero, y ambos se apresuraron a liar y a encender cada uno el suyo. Valdivia hizo lo propio y los tres hombres, situados en triángulo, quedaron pronto ensimismados y ajenos, aparentemente, a las circunstancias que los habían reunido en aquel lugar. Fumaban, callaban y pensaban o recordaban.

El humo de los cigarrillos se desovillaba perezosamente en la dorada transparencia del aire adormilado. Por un agujero de junto a la bañera asomó una cucaracha. El bicho permaneció un instante inmóvil y, luego, abandonando toda cautela, se aventuró a trepar por los baldosines.

Fue otra vez Valdivia quien rompió a hablar:

—¿Habéis estado presos antes de ahora?

Federico Olivares negó con la cabeza. Molina, en cambio, dijo:

—Yo sí; varias veces, ¿y tú?

—Desde el verano pasado hasta que entraron las tropas nacionales, en San Antón. ¡Lo mío!

Entonces, sonriendo levemente, le preguntó Olivares:

—Así, has pasado de preso a guardián, ¿no?

—Sí, cosas de la vida... —y, tras una pausa, agregó—: Todavía me rasco las costras que me hicieron las picaduras de las chinches. ¡Nos comían vivos!

Olivares y Molina no pudieron contener un amago de risa y Valdivia se exasperó.

—Ya se os quitarán las ganas de reír cuando os muerdan por la noche, eso contando con que os den tiempo para que puedan morderos... En ese caso, ya veréis lo que es bueno, ya. Si te rascas, malo, porque te haces llagas; y, si no, es como si te revolcases entre ortigas. De cualquier manera te las hacen pasar canutas.

Molina, serio ya, le preguntó:

—¿Y por qué fuiste a parar a San Antón?

—¿Que por qué? —y Valdivia se enderezó como si aún sintiera en sus espaldas los aguijones de las chinchas—. ¡Vaya pregunta, hombre! Ni que llegaras ahora de la China... Vamos, que tú no sabías que las prisiones rojas estaban a rebosar de nacionales, ¿eh?

Molina hizo un gesto de asentimiento y dijo suavemente:

—Sabía que había presos políticos, naturalmente. Estábamos en guerra y...

—Pues yo era uno de ellos —le interrumpió su guardián—. Me trincaron en agosto, junto con otros muchos, por pertenecer a la Falange clandestina, lo que vosotros llamabais quinta columna.

—Pero ¿no estabas movilizado? —la pregunta de Molina parecía envuelta en un tono de reconvención.

—Bueno, sí; pero me había enchufado en el CRIM<sup>[1]</sup>.

—Ya.

Olivares, que había seguido atentamente el diálogo entre su compañero y Valdivia, tomó la palabra:

—¿Ya eras falangista el 18 de julio?

Valdivia le miró fijamente unos segundos, como si dudara en contestar, pero finalmente dijo:

—Sólo de derechas. Hasta que matasteis a un tío mío, que era cura y muy buena persona. Entonces fue cuando me afilié a Falange.

Federico y Molina cruzaron entre sí una mirada urgente. En ambos, las palabras de Valdivia habían levantado la misma sospecha. Y Federico quiso salir de dudas.

—¿Matasteis dices? ¿Es que piensas que nosotros..., vamos, que fuimos nosotros los que mataron a tu tío cura?

Valdivia se recreció. Miró a sus prisioneros, gozando en silencio de su zozobra, y luego dejó caer sus palabras equívocamente acusadoras:

—Alguien lo hizo, digo yo, ¿no?

—Claro, pero no nosotros —se apresuró a replicar Molina.

Valdivia se encogió de hombros.

—Hombre, ahora todo el mundo se lava las manos o se hace el inocente. Pero ahí están los muertos... Fueron tantos, que tuvieron que ser también muchos los matadores. ¿Y quién me dice a mí que no habéis dado «paseos» vosotros también?

Las palabras de Valdivia irritaron a Olivares, que estalló:

—Oye, tú, que muertos y matadores ha habido en las dos zonas. ¿O es que me vas a negar que en la otra zona se hizo una buena limpieza de partidarios de la República?

—¿De la República? ¡Valiente mierda de República! —y los ojos de Valdivia relucieron.

—Es igual. No vamos a discutir eso ahora —replicó Olivares, enardecido—. Pero ¿es cierto o no que tanto en un lado como en otro se cometieron barbaridades? ¿Y qué culpa tenemos de ello nosotros... o tú?

—¡No compares! —gritó Valdivia.

—Si no trato de comparar, hombre —agregó irónicamente Olivares—. Sólo pretendo aclarar las cosas.

Valdivia, rojo de ira momentos antes, se calmó de pronto. Volvió a mirar despacio a los detenidos, volvió a rascarse la espalda contra el bastidor de la puerta, sonrió con aire de superioridad y, finalmente, dijo:

—Me parece que se te olvida una cosa, rojillo. Una cosa muy importante, y es que nosotros hemos ganado y vosotros habéis perdido. ¿Te parece poca la diferencia?

Ahora se burlaba, y Federico optó por contenerse y callarse. El cigarrillo se le había apagado y aprovechó la pausa para encenderlo otra vez. Molina, por su parte, intentó suavizar la tensión creada por la disputa.

—Tienes razón, hombre —dijo en tono conciliador a Valdivia—, pero todo eso pasó ya, afortunadamente. Aquello era la guerra y esto es la paz. ¿No es bastante que hayamos perdido?

Federico parecía preocupado únicamente por su cigarrillo. Valdivia, en cambio, tiró al suelo la punta del suyo y,

después de pisarla con fuerza, se encaró con Molina, nuevamente excitado:

—Sí, y todos iguales, ¿no? Pues no. Alguien tiene que pagar. Haceros a esa idea.

Molina tragó saliva y, sin dejar de sonreír pálidamente, insistió:

—Pero vosotros mismos habéis dicho que el que no tenga las manos manchadas de sangre o robo no tiene nada que temer. Si es así...

—Y es cierto —le interrumpió vehementemente Valdivia—, y es cierto. Pero ¿quién de vosotros tiene limpias las manos? ¡Ninguno! Unos por matar, otros por mandarlo y otros por consentirlo, resulta que todos estáis pringados.

Molina comprendió entonces que no era posible entenderse con aquel hombre sobre un plano real y objetivo, y calló. Volvieron a oírse los ruidos del exterior y las voces airadas que provenían de otras dependencias del hotelito. La luz era cada vez más opulenta y centelleante. Obligaba a Federico a tener baja la cabeza o a defenderse de ella los ojos con las manos cuando la levantaba. Enfrente de él y de espaldas a la ventana, Molina se entretenía en oprimir con las rodillas sus manos entrelazadas hasta verlas palidecer, para dejarlas otra vez libres y volver a empezar el juego.

Sólo Valdivia parecía excitado. Miraba frecuentemente al fondo del pasillo y, en los intervalos, espiaba todos los movimientos de sus prisioneros o revisaba su pistola. Para ello, extraía el cargador y luego sacaba las balas de éste. Tras de contar y sopesar los proyectiles, volvía a introducir las en el cargador. A veces cerraba un ojo y miraba a través del cañón a la luz de la ventana.

Así fueron pasando, lentos y aburridos, los minutos hasta que se percibieron las pisadas de un grupo de personas que se acercaban por el pasillo. Valdivia salió, dejando por primera vez solos a los prisioneros, y éstos, alertados también, se quedaron mirando en aquella dirección. Al cabo de unos segundos de espera, aparecieron en la puerta del

cuarto de baño dos jóvenes a quienes escoltaba otro armado con un fusil, uniformado de azul y tocado con boina roja, seguidos los tres por Valdivia.

Los recién llegados no pudieron ocultar el asombro en sus ojos al encontrarse con los de Olivares y Molina, que los miraban también estupefactos. Pero ninguno de los cuatro prisioneros pronunció una sola palabra y los últimos, de pie en el centro de la estancia, permanecieron inmóviles, dando la sensación de estar muy aturdidos, hasta que habló Valdivia:

—Bien, ya podéis sentaros, si queréis, pero separados y sin hablar.

Mientras los aludidos, después de girar rápidamente la mirada alrededor, se situaban uno frente al otro y tomaban asiento en el suelo, Valdivia ordenó en voz alta al muchacho del fusil:

—Tú te quedas ahora de guardia. Están incomunicados y no pueden hablar entre sí. Si lo intentan, no tienes más que dar una voz, y entonces vendremos nosotros y los encerraremos por separado. ¿Estamos? —y tras de recorrer con la mirada los inexpresivos rostros de los presos, desapareció por el pasillo.

El centinela se situó en medio del vano de la puerta, con las piernas separadas, sosteniendo enhiesto entre ellas el fusil que asía con ambas manos por el cañón. Los prisioneros, pasado el desconcierto inicial, empezaron a mirarse y a tratar en vano de comunicarse con los ojos, al principio a hurtadillas y con mucho disimulo, y luego descaradamente.

De los dos nuevos, uno era alto y frágil, de ojos grandes muy negros y de cabellera ondulada. Sus ojos, cuando miraba intensamente, se llenaban de brillos húmedos y el iris cubría casi toda la córnea. Vestía de oscuro y completamente de paisano. Lucía una corbata deshilachada sobre la arrugada pechera de su vieja camisa de incierto color claro. Calzaba zapatos bajos, muy desgastados, pero limpios.

Aparte de sus ojos, lo más singular en él eran sus manos, de finos y largos dedos, casi femeninas, y su aire indolente, casi enfermizo. Al convencerse de que resultaría inútil cualquier intento de comunicarse con los demás, acabó por reclinarse, lo más cómodamente que le fue posible, contra la pared y cerrar los ojos.

*(¿Y qué hago yo aquí? Mejor dicho, ¿a qué has venido tú aquí, José Manuel Garrido y León? ¿Y cómo saberlo, eh, cómo saberlo? Con todos estos líos... Pero aquí tiene que haber una equivocación, porque yo... Tú sabes que ni siquiera soy español, que me trajeron de Cuba, con doce años de edad, cuando mis padres decidieron regresar a España pensando que con los pesos que habían ahorrado allí podrían vivir aquí, invirtiéndolos en un pequeño negocio. Ya, ya. Buenas estaban las cosas en España cuando llegamos nosotros... Agonizaba la Dictadura, y la baja de la peseta fue lo único de que pudo aprovecharse mi padre para sacar alguna ganancia. Luego cayó la Monarquía y vino la República y, con ella, la huida de capitales, el paro... Mi padre, que era republicano, se alegró mucho por el cambio de régimen.*

*—Ya es hora de que España se sacuda de las espaldas a los que siempre la jinetearon y se ponga a la altura de los tiempos. Puede que nos cueste caro, pero no importa. Merece la pena.*

*Mi madre, que no era nada políticamente, pero a quien complacían mucho las historias y chismorreos de reyes y princesas, no perdonó nunca a la República que prescindiese de ellos y los desterrase.*

*—¿Por qué no puede haber una República con reyes y todo eso, Manolo?*

*—Porque son cosas incompatibles, Griselda.*

*—Pues es una lástima, Manolo.*

*¡Qué guapa era mamá! Una verdadera belleza criolla. Lánguida, friolenta, dulce... Tenía, como yo, horror al frío y*

se pasaba los inviernos pegada al brasero. Y con razón temía tanto al frío. Un año, por Navidad, se la llevó al otro mundo una pulmonía. Tú sabes cuánto lloré al verla morir entre ahogos y estertores. ¡Dios mío, qué horrible fue aquello!

Se marchó cuando todo se ponía mal para nosotros. La tienda de zapatos que había abierto mi padre, resultó ser un pésimo negocio, una ruina, y él envejeció tan rápidamente que, al poco tiempo, se transformó en un anciano.

—No hay un real —decía—. ¿Cómo va a comprar zapatos la gente?

Se quedó con un solo dependiente, pero ni aun a costa de los mayores sacrificios y economías pudo evitar la catástrofe. Era un hombre bueno. Tuvo que emigrar en su mocedad a Cuba, harto de destripar terrones y de vivir sin esperanza. Empezó a trabajar allí por dos pesos de sueldo al mes y mantenido y el derecho a dormir bajo el mostrador de la tienda, sobre los sacos de azúcar.

—Tuve que trabajar duro, hijo mío, y ahorrar. Por eso no pude casarme antes.

Cuando murió mamá, mi padre tenía cincuenta años y yo quince, pero él aparentaba setenta y, a partir de entonces, enfermó de tristeza. Cuando el primer embargo, se pasó una noche gritando a solas:

—¿Y para esto trabajé tantos años en la Habana como una bestia?

Se diría que esperó a que yo terminase el bachillerato para irse en busca de mamá. Una mañana no despertó. Hasta para morirse fue humilde y callado. Se fue de puntillas. Yo pasé varios días sin darme cuenta de mi nueva desgracia, atontado. Luego empecé a preguntar a las pocas personas que trataban de consolarme:

—¿Por qué, por qué me ha dejado solo?

Entonces apareció don Tomás, un viejo amigo de mi padre.

—Te queda Dios y te quedo yo.

Don Tomás era dueño de una academia de taquigrafía, mecanografía y preparación de oposiciones. Era viudo y vi-

vía en una pensión. Añadió:

—Vendrás a vivir conmigo y darás clases de gramática en mi academia. Luego, Dios dirá.

Fui el profesor más joven de su academia y el huésped predilecto de la dueña de la pensión, doña Josefina, una bondadosa mujer que a cada dos por tres evocaba sus años jóvenes de cupletista famosa y se consolaba diciendo:

—Y menos mal que guardé algunas alhajas, que, si no, me encontraría ahora pidiendo limosna por ahí.

Fue entonces cuando empecé a sentir dentro de mí el escozor de los sentimientos religiosos. Mis padres eran creyentes, pero tibios, de esos que no pisan la iglesia más que en ocasiones solemnes. La tristeza que me rodeaba fue, sin duda, la que me empujó a buscar consuelo y alegría en la religión. Poco a poco fui aficionándome a frecuentar la iglesia, hasta oír misa, comulgar y rezar el rosario diariamente. Y pensé ingresar en un Seminario y si no lo hice fue porque el bueno de don Tomás me contuvo con sus consejos:

—Espera un par de años a ver si sigues pensando lo mismo. No hay que precipitarse, muchacho, no hay que precipitarse... —y me sugirió—: ¿Por qué no entras de momento en la Escuela de Periodistas de El Debate ? Allí podrías formarte una idea clara de muchas cosas, conocerías gente importante... Tal vez esté tu sitio allí y no en un Seminario.

Seguí su consejo y poco después conocí a Enriqueta, que estudiaba mecanografía y taquigrafía en la academia de don Tomás, y desde entonces no volví a pensar más en el Seminario. Enriqueta era un año más joven que yo y la primera muchacha que se cruzaba en mi camino, y quizá porque me encontraba tan solo me enamoré de ella. Esto ocurrió en vísperas de la revolución del 34, cuando lo de Asturias. El padre de Enriqueta, el señor Simón, trabajaba como linotipista en el diario La Tierra y era asiduo de la Casa del Pueblo, donde alimentaba sus sueños revolucionarios. Ignoro lo que hizo en los turbulentos días de aquel sangriento otoño, pero fue aprehendido y condenado a varios años de cárcel al ser derrotados los obreros. Las conse-

cuencias de todo aquello me impresionaron profundamente. Me abrieron los ojos y los oídos, y pude darme cuenta de que España padecía una enfermedad muy grave.

En El Debate se respiraban aires de triunfo y se alardeaba de satisfacción y seguridad. Todo eran en aquella casa proyectos y esperanzas.

—¡Gil Robles ha decapitado la hidra de la Revolución!

Conocí de vista a Gil Robles, el gran jefe, a Ángel Herrera y a otros personajes, y me hice amigo de un joven algunos años mayor que yo, que ya destacaba por su facilidad de palabra, por su impetuosidad y sus dotes de poeta; Afrodisio Ruidera. A propósito, ¿por dónde andará ahora Afrodisio Ruidera? Se oye mucho su nombre. Debe de ser un jefe importante. Le diré a Enriqueta que lo busque, porque se acordará de mí, claro, y podrá echarme un cable en esta situación en que me encuentro. A no ser que... ¿Y si me pregunta por qué no seguí su mismo camino? ¡Hum! Yo me quedé con éstos. Pero, ¿qué otra cosa podía yo hacer entonces? Sí, en El Debate se comentaban las barbaridades cometidas por los revolucionarios en Asturias, pero en otros sitios, como la casa de Enriqueta y la pensión, se hablaba de las atrocidades de la represión. Don Tomás, que hubiera podido orientarme, se negaba a comentar los acontecimientos y se limitaba a repetir como un estribillo:

—Veremos qué hace ahora Gil Robles, pero ese Lerroux no me gusta, no me gusta nada. Tú, muchacho, eres cubano, ¿no? Pues entonces ¿por qué preocuparte de lo que pase o pueda pasar en este país?

Pero yo no podía desligarme de lo que me rodeaba, y eso lo sabes tú muy bien. El encarcelamiento del padre de Enriqueta dejó a ésta y a su madre completamente desamparadas. Al faltar el único jornal de la casa, la economía familiar se hundió. El Monte de Piedad y las casas de empeño se fueron llevando, día a día, las pocas cosas pignoras que tenían, hasta que no les quedaron más que algunos cacharros de cocina y los colchones y mantas de sus dos camas, a pesar de que la madre trabajaba hasta el lími-

te de sus fuerzas fregando escaleras y lavando ropa ajena. Y un día me dijo Enriqueta, llorando:

—Mañana tendremos que empeñar mi colchón.

No lo consentí. Le hice aceptar el poco dinero que me daba don Tomás para mis gastos pequeños después de pagar la pensión, y aquella misma noche le expuse el problema a mi protector. El bueno de don Tomás me escuchó atentamente y cuando yo me callé, muy turbado, él se puso a hurgar entre los papeles que cubrían su mesa de trabajo. Fue un inacabable silencio que me hizo tiritar. Al fin, levantó la cabeza y, después de mirarme largamente con sus tristes y cansados ojos, me dijo:

—Está bien. Desde mañana ocuparás la plaza de Inspector de estudios, que desempeñaba Gutiérrez. Mira que le tengo dicho veces: Gutiérrez, no sea usted niño. No se meta en jaleos políticos. No le digo que no piense como quiera, pero sí que haga lo que yo: estarse quietecito. Pero no me hizo caso y ¿qué ha ganado? Pues la cárcel. Dice que es marxista y no tiene la más remota idea de tal cosa. ¿Marxista y va a misa todos los domingos? Que lo hace por no disgustar a su mujer... ¡Bah! Ahí se ve lo infeliz que es el hombre. Puede que lo que le ha pasado le sirva de escarmiento para el futuro... Bueno, pues mientras no lo pongan en libertad tú ocuparás su puesto, lo que quiere decir que ganarás treinta duros más al mes.

De esta manera pude mantener a Enriqueta y a su madre hasta el triunfo de las izquierdas en las elecciones de febrero del año 36. Pero antes ocurrieron otras cosas. Yo entraba en casa de Enriqueta como si fuera de la familia. Su madre me quería y confiaba plenamente en mí, y hasta los vecinos me saludaban siempre con simpatía. Una mañana en que, debido a no sé qué huelga, no abrió la academia, fui a ver a Enriqueta con la turbadora esperanza de encontrarla sola. Y acerté. Como nos queríamos y nos necesitábamos... Yo perdí el tino en seguida y ella, que había cambiado de color al encontrarse conmigo en la puerta, actuó después como si hubiera pensado antes en esa eventualidad inevitable, mansamente, con complacida y silen-